



Ruth Marulanda  
Foto: Cortesía de Colompiano  
[www.colompiano.com](http://www.colompiano.com)

# RUTH MARULANDA, UN PIANO MÁS ALLÁ DE LA MEMORIA

MARÍA CRISTINA MARÍN RAMÍREZ  
ALEJANDRO TOBÓN RESTREPO

Grupo de Investigación Músicas Regionales  
Facultad de Artes, Universidad de Antioquia

Nos encontramos el 12 de febrero de 2020 con la pianista Ruth Marulanda Salazar (Buga, Valle del Cauca, 1942) en la casa de su hijo Sergio, en la ciudad de Medellín. Sus ojos alegres, su risa permanente y su acento valluno nos recibieron como si nos conociéramos de tiempo atrás. A lo largo de esta conversación, su memoria iba y venía como tejiendo, como hilando en punto de cruz, ideas e historias que garantizaran en nosotros que entendíamos lo fundamental: vivir, sentir y amar la música. Esta es una síntesis de las historias que nos entregó.

### *Maestra Ruth, cuéntenos de su vida familiar.*

Mi papá se llamaba Jorge Marulanda Mejía, paisa a morir, de Santa Rosa de Cabal, Risaralda; y mi mamá, Amelia Salazar Cuartas, de Aranzazu, Caldas. Mi mamá era muy calladita, mientras a mi papá le encantaba la música. Fuimos seis hijos: César pinta, escribe poesía, toca piano y saxofón. Mi hermana mayor también tocaba piano, pero murió muy joven. La negra Celina, canta muy bonito. Ramiro, era un bailarín de miedo. Y los mellizos, Jairo y yo. Él se llamaba José Jairo y yo María Ruth. En nuestra casa, en Buga, vivíamos un ambiente artístico. Mi papá escuchaba música clásica y también cantaba bambucos. Yo estoy en el mundo de la música desde pequeña. Mi papá llevó a mi hermana mayor a clases de piano y luego a mi hermano, y a mí me provocó y dije: 'Papá, yo también quiero'. Entonces, nos puso a estudiar con una profesora magnífica, Carmen Vicaría de Escobar. Ella había estudiado en Bogotá, pero llevaba muchos años en Buga. Una belleza. Tenía una academia en su casa y allí dictaba las clases.

### *Maestra, ¿cuántos años estudió piano en Buga?*

Estuve con doña Carmen desde los ocho años, pero, cuando cumplí los quince, mi papá dijo: 'Nos vamos para Bogotá. A esta muchareja la meto al Conservatorio'. Estudié piano, música clásica en el Conservatorio Nacional en Bogotá; pero les voy a contar una anécdota muy chévere: resulta que a mí me gustaba mucho la música clásica, por supuesto, y estudiaba muy juiciosa, pero cada vez que tenía oportunidad me ponía a sacar bambucos y pasillos a oreja, entonces mi profesora Lucía Pérez se ponía furiosísima. Una vez le dijo al director del conservatorio, Fabio González:

—Yo no le vuelvo a dar clases a Ruth.

—Lucía, ¿por qué? ¿No estudia o qué? —Le dijo el maestro.

—No, ella sí estudia, pero es que no hace sino tocar esa porquería de música.

Y él le contestó:

—Lucía, no olvides que yo compongo esa música.

—Ah, pero, es que ella se la pasa tocando eso.

—Pero, si te estudia, ¿qué tiene que toque esa música?

Y claro yo era muy juiciosa, porque a mí me fascina estudiar y me encanta la música clásica.

Pero, yo no iba a dejar la música colombiana por nada del mundo.

### *Maestra Ruth, ¿qué influencias o referentes ha tenido en el piano para tocar música colombiana?*

Varias, vamos a ver... Yo conocí a Blanquita Uribe y a Teresita Gómez, contemporáneas mías; no era que ellas tocaran música colombiana todo el tiempo, pero sí las oí, y me gustaba. Otra referencia muy importante, no desde el piano sino desde las cuerdas tradicionales, fue el Trío Morales Pino, me fascinaba escuchar sus discos, además, me hice muy amiga de ellos. El Trío estaba conformado por Peregrino Galindo, Diego Estrada y Álvaro Romero Sánchez. Diego tocaba divino la bandola. A ellos les impresionó oírme y les llamaba la atención que yo hiciera música colombiana en piano, porque, en esa época, a ninguno de los jóvenes se les ocurría interpretarla. Y luego toqué con ellos para disfrutar, en tertulia. Diego y yo, que somos paisanos, de Buga, nos turnábamos la melodía y el acompañamiento.

Otro referente, que sin lugar a dudas es el primero, es Oriol Rangel, ¡Ave María! con él aprendí muchísimo. Yo desde pequeña, en Buga, escuchaba las emisoras Nueva Granada y Radio Santa Fe, especialmente los programas *Antología Musical de Colombia* y *Nocturnal Colombiano* donde tocaba Oriol Rangel y su Conjunto. Cuando llegué a Bogotá de quince años, le dije a mi papá:

—Yo lo primero que quiero hacer es conocer al maestro Oriol.

—Pero, esta muchareja..., si lo que tenés que hacer es entrar al Conservatorio a estudiar música clásica.

—No, yo quiero conocerlo.

Entonces claro, él me llevó a la Emisora Nueva Granada, ¡una belleza! Cuando llegué casi me muero, eso era para mí la gloria: ‘Maestro, yo estaba que me moría de ganas de conocerlo, no ve que yo lo oigo todos los días’. Y Oriol me contestó:

—¿Sí? Ah bueno, me alegra. Él era tímido, luego me preguntó:

—¿Y usted toca música colombiana?

—No, pues, maestro, yo así como tocar, tocar... no, pero sí me fascina.

—A ver, qué puede interpretar.

Por ese entonces, me había aprendido el pasillo “Esfinges” de Manuel Salazar, compositor bugueño que tiene música muy linda pero poco conocida. Yo toqué y él me dijo:

—Se ve que le gusta mucho.

Ese encuentro fue definitivo porque me permitió construir con él y con Jaime Llano, organista y compañero musical de Oriol una relación musical y afectiva entrañable, para toda la vida. Por esos días me dio por hacer unas ‘bobaditas’, compuse unos pasillos y un bambuco, sencillos, y fui y se los llevé; mejor dicho, se los llevé tocando porque yo no sabía escribirlos. Oriol me expresó:

—Usted toca muy bien, pero, ¿escribió todo esto?, ¿dónde están las partituras?

—No, yo no he escrito nada de música colombiana, yo la toco de oreja.

Y Jaime Llano contestó:

—No, hija, hay que escribirla.

—Bueno, yo sí la escribo, pero, ¿cómo?

Yo no sabía cómo escribirla, todo era pura oreja. Un día le pedí al maestro Álvaro Romero que me ayudara y él me dijo:

—Vea, le voy a dar unas partituras mías escritas para piano.

—Maestro, ¿qué es eso tan miedoso? Están muy difíciles para mí.

—No, nada, estúdielas. ¿Usted no está matriculada en el conservatorio?

¡Ay Dios mío!, me iba sacando un ojo, pero, empecé a estudiarlas como si fuera Czerny, hasta que las monté. Un ejercicio interesante, difícil, pero muy bueno, me sirvió mucho. Para mí era un reto porque yo leía la partitura de música clásica, pero, la música colombiana toda era de oreja; uno al oído como que tiene un concepto diferente. La música de Colombia toda era por tradición oral.

*Ruth, además del desacuerdo con sus maestras por tocar  
música andina, ¿tenía otros contradictores?*

La amistad con Oriol hizo que yo pasara muchas horas en la Nueva Granada. Iba más a la emisora que al Conservatorio, y mi profesora se ponía furiosa. Porque es que el piano

siempre se pensó como un instrumento clásico... y lo estábamos pervirtiendo cuando hacíamos música colombiana, y Oriol lo corrompía más tocando con tiple, con cucharas y con un órgano electrónico. En esa época, todo el mundo criticaba al maestro Oriol.

Pero tengo que afirmar que a mí me gusta mucho lo que hacía Oriol, porque no era el piano clásico y solista, sino que al mezclarlo con el instrumento número uno de Colombia, el tiple, genera una combinación tímbrica que me produce emoción, me suena a Colombia. Es más, el tiple le da un sabor único al piano.

Y a mí sí que me criticaron.

—Pero ve, y ¿vos no estudiáis en el Conservatorio música clásica?

—Sí, y ¿qué? A ver... ¿Por qué vamos a menospreciar nuestra música, si es tan linda?

A mí me hizo la guerra más de uno, pero no me afectó para nada, yo seguí tocando. Cuando me invitaron como solista de la Sinfónica de Colombia, por ejemplo, el director me dijo:

—Ruth, vamos a hacer tal concierto... pero, como usted toca música colombiana, interprete de bis un bambuco.

Él que me autoriza y yo que me pongo a estudiar los bambucos “Bochica” y “Bachué”, composiciones de mi suegro, Francisco Cristancho, hermosos; y claro, los toqué a mi manera, de oído y machucado.

### ***Maestra, usted tiene una amplia trayectoria pianística. Cuéntenos de ella.***

Estudié en el Conservatorio en Bogotá hasta que me gradué. 10 años, no sé, yo soy mala pa' las fechas, oís. Y una vez graduada me dieron una beca para estudiar en Viena, Austria. Pero miren lo que me pasó: yo jugaba básquet y, en una de esas, ‘purrundum’ me tronché el dedo pulgar de la mano derecha. A veces, uno no es consciente de las consecuencias. Fue terrible. Esto pasó unos días previos al viaje a Viena (1968). Y todo el mundo me decía:

—Pero, ¿y cómo te vas a ir con ese dedo tronchado?

—¿Cómo no me voy a ir si tengo una beca? Hago lo que sea por estudiar, así sea sola.

Y llegué a Viena con el dedo dañado. Pero cómo les parece —eso lo recuerdo con cariño— que los compañeros de música le decían a la profesora:

—Profe, no le dé clases a Ruth, ella no puede tocar con las dos manos. Y yo les respondía:

—Pues toco con la izquierda, me vuelvo ‘izquierdista’. La profesora Gertrude Kautzky sentenció:

—La voy a poner a tocar con la izquierda, pero se tiene que someter a comenzar de cero

—¿De cero? Pero, si yo ya me gradué en Colombia.

De ceros, es de ceros, o sea, Do, Re, y me botaba la mano... Do, Re, Mi, y me botaba la mano. ¡Hágame el favor! Me tuvo en esa forma más de un año. Hice lo que nunca había hecho. Me consiguió música para la mano izquierda, entre ella, el concierto de Ravel, muy difícil. Eso, a la postre, fue una bendición.

—¡Ay, Dios mío! se volvió izquierdista —Me decía una amiga.

—No hablé duro que van a pensar que es verdad.

Pero el dedo no se recuperó, así que en Viena me hicieron una cirugía, me sacaron trocitos de tendón y me lo reconstruyeron. Afortunadamente estaba allí, porque en Colombia no creo que hubiera tanto avance de injertos en medicina. Una obra casi de artesanía. Al principio me quedó el dedo pegado a la muñeca, pero yo soy muy paciente y tengo disciplina, con las terapias me fue abriendo poquito a poco y mientras tanto la mano izquierda tuvo una posibilidad de desarrollo increíble. Pero, mire cómo es uno de necio,

cuando me empezó a abrir, cuando pude volver a tocar, dejé de hacer los ejercicios, ¿si ven que lo tengo más cerrado? Así es uno...

### ***Maestra, ¿cuándo decidió volver a Colombia?***

Estuve dos años en Viena aunque yo tenía beca para tres; pero me vine a Colombia dizque a visitar a mis papás y a mi novio, Mauricio Cristancho, y ¿ya saben qué pasó? Yo tenía en mente visitarlo, pero, al hombre le dio por: ‘Casémonos’. Y a la muchachita le dio por decir ‘Sí’ y ahí quedó... Me casé y me instalé en Bogotá. Mi ex esposo es una belleza de persona. Tuve solo un hijo, Sergio, me basta y me sobra... es divino y me hace completamente feliz. En Bogotá me dediqué a tocar como solista (los conciertos que hacía en esa época eran para la mano izquierda) y en dueto con Jaime Llano. Posteriormente, conformé una agrupación, Ruth Marulanda Trío, con Luis Fernando Cardona, guitarra, y Carlos Renán González, tiple. Lógicamente, yo podía tocar sola y que se sintiera colombiano, pero me hacía falta el acompañamiento típico. Con ellos he realizado conciertos y grabaciones. Muchos músicos no graban porque les da miedo equivocarse. Yo digo: claro que uno se equivoca, pero, cuando lo hace busca que se sienta la equivocación bonita. Qué tal uno pensar que tiene que tocar siempre perfecto. No, a mí el perfeccionismo nunca me ha gustado. Trato de tocar lo mejor posible, pero nada perfecto.

### ***Maestra, además de tocar, usted se reconoce como una destacada profesora de piano. Cuéntenos de esa experiencia.***

Desde que llegué a Bogotá después de estudiar en Viena me puse a dictar clases de piano. Intenté en un principio hacer énfasis en que los alumnos desarrollaran la mano izquierda, pero eran muy perezosos, enseñados a tocar con las dos manos. Escogía diversos tipos de obras para mis estudiantes: música clásica, música brillante y, sobre todo, música colombiana. Todos sabían que tenían que estudiar bambucos y pasillos conmigo, era prácticamente una obligación.

—Ustedes tienen que tocar música colombiana o si no, no me hablen.

Recuerdo con mucho cariño a mis alumnos. En este momento vienen a mi memoria Álvaro Puig, médico, quien vive en Estados Unidos y sigue tocando música clásica y colombiana. Y Germán Darío Pérez, alumno mío desde que era niño. A él yo le decía:

—Tenés que tocar música colombiana. No me vas a decir que te vas a dedicar solamente a la música clásica, porque, te ‘destotaluto’.

### ***¿Y cómo enseña a sus alumnos a tocar bambucos y pasillos? ¿Qué técnica utiliza?***

La más sencilla, les pongo primero a tocar la mano derecha para que sepan qué es lo que van a acompañar y, luego, yo les muestro con mi mano izquierda cómo se interpreta el ritmo, que es más difícil para ellos. Cuando vamos a juntar las dos manos, les digo:

—Tengan cuidado, aprendan bien las melodías de la mano derecha y el acompañamiento de la izquierda, porque si no, se van a volver un ocho. Algunos dicen:

—¡Ay no!, eso es muy difícil, Ruth. Qué pereza.

—¿Pereza? ¿Cómo le va a dar pereza tocar música colombiana, niño? Venga para acá.

—No, no, no entiendo, yo no sé cómo hace usted para tocar eso.

—Primero que todo, amo la música nuestra, le pongo el corazón; segundo, la hago sencilla para que no se sienta como algo difícil, llena de cosas.

Para facilitar el proceso, empiezo con pasillos y luego, poquito a poco, les enseño la síncopa, que es lo que les cuesta más trabajo. Así voy entregando esta felicidad que siento por dentro. Uno como profesor debe tratar de hacer que los alumnos conozcan muy bien el instrumento y sus posibilidades. Y si lo conocen, pueden tocar cualquier música, incluso la colombiana. Ese proceso de aprendizaje debe ser natural, algo como aprender a hablar. Hace unos años publiqué un libro, *Piano: nuevo manual didáctico de música colombiana. Región andina*, en el que hago una propuesta de esquemas rítmicos de acompañamiento de distintos géneros musicales. Lo que me interesa es que los estudiantes aprendan a conocer nuestros ritmos de tal manera que no se les dificulte, que su aprendizaje sea más sencillo, que tomen la música colombiana como una alternativa de importancia, que la investiguen.

### ***Maestra Ruth, ¿qué es la música para usted?***

La música para mí es todo, porque, además de que la puedo disfrutar estudiando, la siento y me hace vivir con alegría, con plenitud, como debe ser. Un amigo, Gustavo Adolfo Renjifo, me puso ‘Rumbarulanda’ porque soy muy alegre, muy rumbera para tocar en el piano. Es que soy feliz con la música.

### ***¿Para qué le sirve la música a la sociedad?***

Se aprende a conocer al país; tocando nuestra música se revela lo que somos, digamos, desde los ritmos (bambucos, pasillos, joropos, valeses), se descubre cada región. Entonces, yo creo que la música enriquece a cualquier músico y a cualquier oyente.

### ***¿Para Ruth Marulanda existe el piano colombiano?***

No es que exista una técnica particular para tocar la música de Colombia, la técnica es la misma que uno estudia cuando está en el Conservatorio, pero, para tocar la música colombiana es necesario amarla, disfrutarla, eso es lo más importante. El piano no es colombiano... uno lo hace colombiano.

Así, a través de la voz imborrable de su piano en la que nos deja sentir que vive para la música, nos recuerda que en sus manos este instrumento universal se hace latinoamericano y colombiano, que con su disciplina y rebeldía nos introduce en un viaje al pasado que también es presente y que nos proyecta al futuro. Esperamos que en esta conversación se haya podido sentir su sonrisa, su espíritu jovial y su inocencia plateada, así como su tenacidad a flor de piano y su virtuosismo con corazón de bambuco; porque en Ruth Marulanda, más allá de la música y de su pasión, está la convicción de entregar un legado que trasciende la memoria. ■

#### **Referencias**

Marulanda Salazar, Ruth (comunicación personal, 12 de febrero de 2020).  
Marulanda Salazar, Ruth (2009). *Piano: nuevo manual didáctico de música colombiana. Región andina*. 2. ed., Bogotá: Raúl Walteros.



Escucha el pasillo *Sergio*  
Ruth Marulanda.